

Adiós

HOY vuelvo a decirte

¡adiós!

con el pañuelo de mi sangre:

abro las puertas del olvido

y de las rosas por que pases.

Hoy vuelvo a decirte

¡adiós!

con el pañuelo de mi mano:

voy tierra adentro de mi vida.

en un misterio consagrado.

Hoy vuelvo a decirte

¡adiós!

como una luz de última llama,

como esa muerte que se esconde

tras los rincones de mi alma.

Hoy vuelvo a decirte

¡adiós!

con un pañuelo azul de cielo

y cierro páginas del libro

que todavía estaba abierto.

Jesús Delgado Valhondo

LA HIGIENE DEL IDIOMA

Por CARLOS CALLEJO

(«OMAR EL ZEGRI»)

Dedico este trabajo a *Un Aprendiz de Hablista* con admiración y aplauso para su campaña profiláctica en estas mismas columnas.

No se puede recetar sin haberse licenciado en Medicina ni construir puentes, tender líneas eléctricas o excavar minas sin haber acreditado y ganado un título suficiente. Para el ejercicio de las artes hace falta preparación adecuada, pues es imposible pintar o esculpir sin haber aprendido, aunque sea elementalmente, los secretos de la técnica, ni componer música sin saber cuando menos tañer un instrumento y lo más elemental del solfeo. Únicamente la Literatura, entre todas las actividades y trabajos humanos, está de par en par abierta a todo el que disponga de un lápiz y un papel. Por este motivo la Literatura es la que tiene que cargar con el más voluminoso fardo de gente sin preparación. Forman mayoría entre nuestros conocimientos las personas que retrocederían ante la idea de actuar en el teatro, cultivar tulipanes o condimentar una paella. En cambio no sé de nadie que no se crea plenamente capacitado para escribir.

Tan curioso fenómeno no tendría consecuencias graves si no fuera por que este tipo de carácter universal consigue frecuentemente contagiar su creencia a otra persona que está en condiciones de dar a la luz los engendros del primero. Mediante este proceso se hace posible que no abramos un periódico o revista y que pocas veces hojeemos un libro sin hallar nutridos lotes de disparates, de injurias al idioma, de torpezas gramaticales o retorcimientos de redacción, de errores históricos o científicos.

Todo el que escribe para que lean muchos tiene el oficio de maestro y es imprescindible que posea una extensa cultura para no inducir a error a los que, leyéndole, confían en él. Por lo menos debe dominar el tema sobre que diserta y la forma de que no se descubra su ignorancia sobre los demás, amén de expresarse con propiedad, claridad y corrección ya que no siempre con elegancia y galanura. Pero estos axiomas parecen letra muerta y así es como entre las líneas impresas saltan a nuestro paso los gazapos y las liebres con una abundancia que para sí desearan los discípulos de Diana. Este confunde Marruecos con Argelia, aquél transcribe los nombres árabes con ortografía francesa, estotro pone a Felipe IV en el siglo XVI, el de más allá emplea una palabra para expresar exactamente la idea

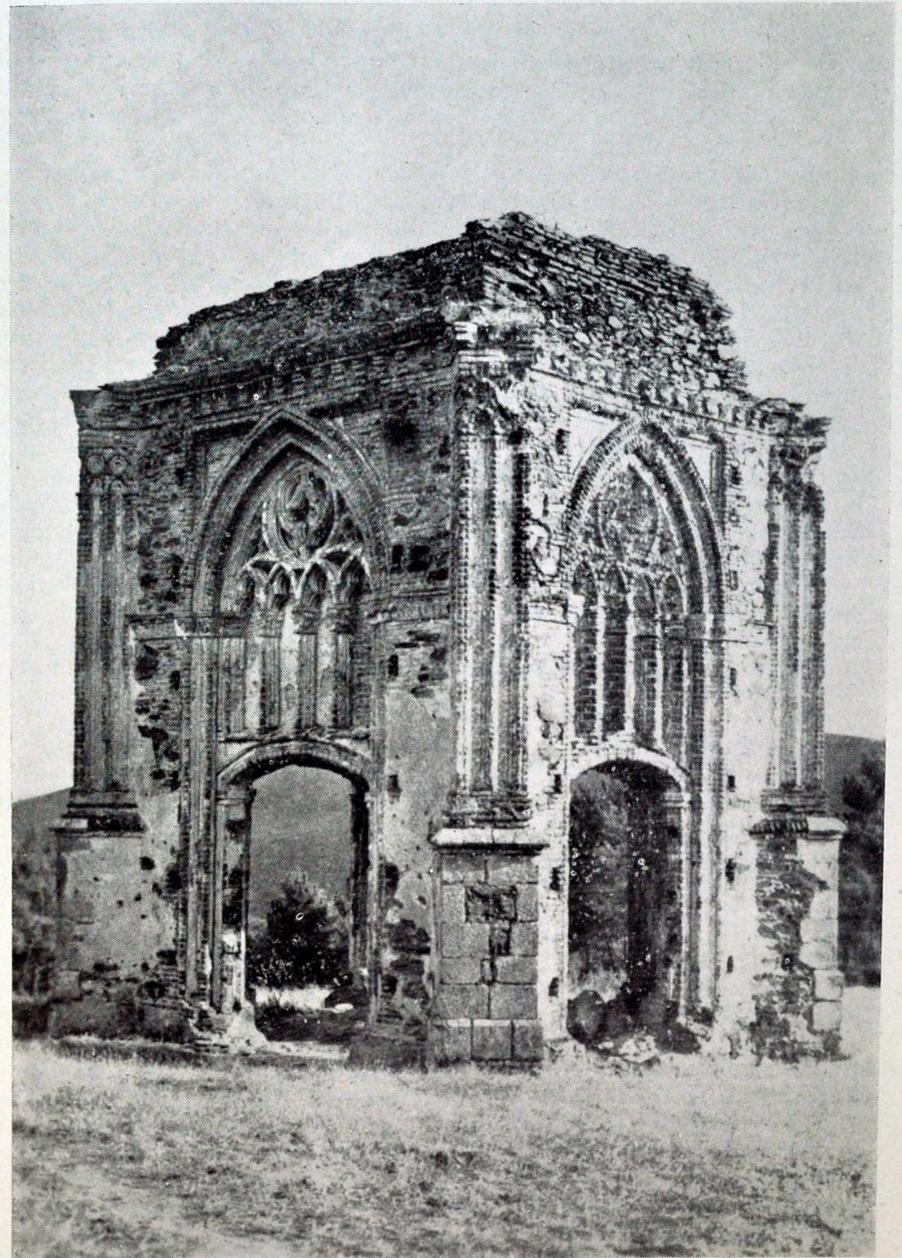
contraria a su sentido real, el de acullá se dedica a fabricar vocablos en los recónditos talleres de su sesera que hacen tanta falta como los canes en misa y hay quien con osadía asombrosa llena columnas y más columnas de nuestra prensa creyendo que es lo mismo plasmar un artículo literario que escribir a un pariente pidiéndole provisión de legumbres.

Hay que tener sin duda indulgencia con el reportero o columnista que está obligado a llenar cuartillas a tenazón, sin tiempo de repasar ni de hacer consulta alguna, pero no con el articulista a quien nadie hostiga ni priva de dejar bien terminado su trabajo; y no hablemos del que ofrece al público un libro que por serlo, constituye una cátedra de más o menos extensa enseñanza. Tampoco se trata aquí del error circunstancial o *lapsus* al que está expuesto por su condición humana, el más culto y pulido de los escritores. Felipe Sassone, el brillante estilista, llama en un artículo *adjetivo* a la palabra *casticismo*. Tomárselo en cuenta sería una pedante chinchorrería. No. No me quiero referir a cosas así, sino al error consecuente y contumaz que no procede de una simple distracción, sino de ignorancia invecible o, lo que es mucho peor, de orgullo y megalomanía o de desprecio a la verdad y a la belleza.

Pongamos por único ejemplo, escogido entre mil, el de la palabra *sátrapa*. Un comentarista, creyendo alumbrar una metáfora genial, dió en llamar al difunto José Stalin el *Sátrapa del Kremlin*. La novedad fué inmediatamente recogida por otro y otro y durante una larga temporada el zar rojo fué convertido en sátrapa por todos los periodistas, desde el más humilde gacetillero hasta algunos articulistas de campanillas. Todos ellos ignoraban o demostraban ignorar lo que significa el término *sátrapa* y ninguno se molestó en averiguarlo. Esta palabra, aplicada al bigotudo dictador les sonaba bien, tenía un regusto de déspota oriental que parecía pintiparado. Lo malo es que a pesar de esta buena sonancia el sustantivo aplicado al mandamás de todas las Rusias era un disparate de órdago. Sátrapa es un gobernador de una región, todo lo tiránico y despótico que se quiera, pero al fin y al cabo, un mandón secundario. Darío Histapes, el Salomón de Persia, dividió su vasto imperio, como se sabe ya mediado el bachillerato, en veinte satrapías. Al frente de cada una de ellas había un sátrapa. Darío el Rey de Reyes, era el emperador, no el sátrapa. Y Stalin, sentado en la cúspide de su colosal hacimiento político, podía, con un elemental respeto a la lógica, ser comparado a Darío, a Atila, a Nabucodonosor, a Gengís Kan, pero nunca a Poncio Pilatos.

* * *

Tan lamentable como esos fenomenales *resbalones* colectivos es el desprecio—muy moderno y ¿por qué negarlo? muy cómodo—hacia la corrección estilística. Todos sin excepción, hemos sentido de niños un invencible horror a la Gramática, tal vez porque era la única asignatura que nos obligaba a pensar. Ahora está de moda entre



ALBUM EXTREMEÑO.—Guadalupe: El Hamilladero. (Foto Javier)

la juventud literaria y entre algunas cabecitas locas de edad madura el abominar de las reglas gramaticales. El lenguaje, dicen, no debe someterse a la tiranía de unos preceptos anacrónicos, momificados. La inspiración es cosa viva que no puede aprisionarse en reglamentos.

Esta hermosa fraseología está fundada en una gigantesca confusión de ideas. Dan por cierto las personas frívolas y juveniles que estas reglas gramaticales han sido elaboradas una a una por un legislador, como el Código Civil. No ven que las pretendidas reglas no son sino leyes empíricas recogidas, por así decirlo, del natural y ordenadas según un sistema para su fácil estudio y recordación. Cuando el gramático dice: «El verbo *dedicar* rige la preposición *a* y no *para*, como creen los locutores de radio», no nos recuerda el artículo tantos de unas Leyes de Lenguaje que él ha confeccionado o cuya transgresión tiene por oficio castigar. Se limita a decirnos: «Los maestros del idioma y todo el que lo usa correctamente han dicho siempre *dedicar a* y no *dedicar para*. El filólogo o el académico, entendámoslo bien, al recordarnos una ley gramatical actúa del mismo modo que el botánico cuando explica que la flor del alhelí tiene seis estambres. No hace sino describir un fenómeno. El lenguaje es el que ha creado las reglas y no éstas las que engendraron aquél. Si este principio fuera asimilado por todo el que comienza la profesión literaria, desaparecería ese pintoresco horror a las reglas que tantas veces es causa de la descomposición del estilo.

* * *

En nuestra época se advierte en los lectores y en los críticos una tendencia a minorar la importancia de la forma. El origen de esta tendencia - con la que ningún literato cuerdo puede solidarizarse - hay que buscarlo casi exclusivamente en la plaga del *traduccionismo* que padece hoy el libro español. El lector, acostumbrado a la novelística extranjera, no coloca su interés sino sobre el fondo, la acción o cuando más la forma interna de una obra y apenas para mientes en el estilo, dando por descontado que el traductor, como de ordinario ocurre, tampoco se ha preocupado de tales niñerías. Con este aprendizaje, el público no aprecia la pureza y la elegancia elocutiva en el libro escrito originariamente en castellano. Esta defectuosa concepción va trascendiendo, como hemos dicho, a la crítica. Así se escriben y se popularizan obras que cualquiera que sea su valor argumental, psicológico o narrativo, están mal escritas, con torpe sintaxis, con fraseología burda, con desmañada redacción o llenas de barbarismos y neologismos de mal gusto y de ninguna necesidad. ¿Que éstos son defectos nimios? No lo creo yo así. Cuando una obra resulta de mérito a pesar de su incorrecto estilo, hay que pensar que bien escrita sería un logro inmortal. Por caro y delicioso que sea un licor, no es lo mismo servirlo en un bote de tomate que llenando una copa de cristal de Bohemia.

Los atentados al lenguaje son menos perdonables entre los que tenemos la fortuna de manejar la más hermosa y difundida lengua

del mundo. Estos adjetivos no son por cierto hijos únicamente del orgullo patrio. Si el inglés y el chino son hablados por mayor número de personas, el español es el lenguaje que emplea el mayor número de pueblos. En cuanto a la riqueza, armonía y perfección formal, nuestra habla está, con el italiano y el griego, en la cúspide de la lingüística humana. Otros idiomas podrán poseer insignes literaturas, pero en su estructura filológica no pueden compararse con el nuestro. Ni el inglés por ejemplo, lengua casi monosilábica con solo rudimentos de flexión, ni los idiomas centroeuropeos por su pronunciación gutural y bronca que es un indudable signo de primitivismo.

Así pues, todos los que sentimos el justo orgullo de hablar en español hemos de revolvernos con violencia contra quien por ignorancia o por petulancia impurifica tan limpio tesoro. Para estímulo o vergüenza nuestra, nos dan con frecuencia ejemplo los grandes escritores hispanoamericanos que, sometidos a fuertes influencias idiomáticas extrañas, cuidan no obstante la tersura y pureza de nuestra lengua con insobornable cuidado. Esta exquisitez y señorío artístico está sin embargo en baja en nuestras letras. De ahí la gran necesidad que tienen de críticos inflexibles que de continuo recuerden que estamos utilizando la mejor lengua del mundo y con ella todo cuidado y respeto es poco; que censuren nuestros descuidos imperdonables; que vapuleen nuestra ignorancia, que salgan al paso al alocado granizo de voces bastardas, al cómodo recurso de gali o angliparlar a cada instante, al escribir deprisa y mal y no molestarse en releer lo escrito. Y todo esto, no por mezquino y pedantesco afán de roer en lo ajeno, sino por saludable y digno deseo de mejoramiento, como el higienista nos recuerda el decálogo de la salud. Si estos críticos a veces exageran su meticulosidad no debemos quejarnos, pues han de hacer como los predicadores: fustigar como cuatro, para que les atendamos como dos y nos enmendemos como uno.

* * *

Sólo al alud de los suevos, vándalos y alanos, puede compararse la invasión y desbordamiento de voces extranjeras, casi todas inglesas o francesas—en nuestra terminología de hoy. Comenzando por el repertorio deportivo, hay que felicitarse que de algunas palabras como *baloncesto*, *plusmarca*, *pelota base* vayan sustituyendo a *basketball*, *record*, *base ball*. Claros aunque raros ejemplos de cómo es perfectamente factible imponer una versión castellana desde arriba. Pero quedan aún legiones de voces inglesas esperando que algún alma caritativa o audaz encuentre y divulgue la homóloga española. *Snipe*, *crawl*, *camping*, *stick*, *jockeyr*, *ring*, *outrigger*, *cross*, *clipper*, *outboard*, *manager*, *match*, *outside*; *ferryboat*, *partenaire*, *plongeon*, *sprint*, *raid*, *swing*, *poule*, *set*, *handicap*, *cutter*, *challenger* e infinitas más. La equivalencia de muchas de ellas es tan obvia que es incurrir en supina tontería—colectiva desde

luego—el usarlas. No entiendo por qué se llama *stick* a lo que no es más que un bastón ni tiene otro significado en su lengua de origen, como tampoco *challenger* al aspirante a un título, ni *game* al juego, ni hacer *campng* a acampar.

Millones de personas articulan y escriben palabras como *début*, *film*, *cocktail*, *argot*, *atrezzo*, *carroussel*, *bibelot*, *amateur*, *bouquet*, *bloc*, *dancing*, *flirt*, *cartoné*, *trailer*, *plateau*, *cabaret*, *musichall*, *cup*, *nurse*, *croupier*, *cachet*, *smocking*, *gangsterr leader*, *office*, *girl*, *sandwich*, *slogan*, *hall*, *vedette*, *hobby*, *pullmann*. Algunas de ellas han tomado carta de naturaleza y será difícil desterrarlas; pero la mayoría inmensa son perfectamente sustituibles por otras españolas. Claro que el hacerlo así no sería *chic*, ni *snob*, ni *standard*...

¿Quién sería capaz de obligar a nuestras mujeres a residenciar sus *trousseau*, *piqué*, *moiré*, *toile*, *vichy*, *georgette*, *shantung*, *sou-tache*, *toilette*, *popelin*, *short*, *tricot*, *rouge*, *chiffon*, *crochet*, *des-habillé*, *écharpe*, *perlé*, *sweater*, *crêpe*, *maillot*, *renard*, *marron*, *beige* y cien etcéteras?

¿Cómo forzar a los *hoteleros* (que ahora parece que pueden ser llamados *hosteleros* sin daño alguno) a borrar de sus rótulos los *entrecôte*, *roastbeef*, *gratin*, *escalope*, *comptoir*, *foie gras*, *grill-room*, *fumoir*, *confort*, *menu*, *lunch*, *express*?

¿Cómo extirpar de nuestras fórmulas comerciales el *stock* y el *dossier*, el *cleaking*, el *stand* y el *trust*?

¿Hay más? El extranjerismo bárbaro se ha metido hasta en la habitación más íntima de nuestra casa, que no es elegante designar, entre los cien nombres que tiene, sino con sus iniciales inglesas.

Es menester confesar que padecemos un fenomenal *complejo*—déjeseme emplear este resobado término que, por lo menos, no es extranjero—de inferioridad lingüística. Muchos de nuestros técnicos e industriales están firmemente convencidos de que, puesto que los países anglosajones nos aventajan en alguno o en muchos aspectos de la técnica, su idioma ha de imponer una dura servidumbre al nuestro. En mi ramo profesional propio, he satirizado ya de todas las formas posibles la costumbre de escribir *shunt* por derivación, *grilla* por rejilla, *self* por inductancia, *pick up* por fonocaptor, *relais* por relevador, *volt* y *ampère* por voltio y amperio y doce mil terminachos más por otros tantos castellanos perfectamente equivalentes y significativos.

En el terreno de la Historia Natural, donde nuestro idioma es tan rico como el que más, el traduccionismo y la ignorancia aliados hacen de las suyas cuando vemos escritas palabras como *guepardo* y *cuguar* calcadas del irancés, para designar a animales que se llamaban onza y puma mucho antes de que ningún francés los viera vivos o muertos. Los libros naturalísticos y cinegéticos extranjeros, a que tan aficionados son nuestros editores, están muchas veces traducidos por sujetos que saben poca Biología y menos castellano. He leído a un señor traductor que me habla del *edicnomo* (??) como de un ave rara (porque sin duda lo es en el país de quien compuso la

obra original), aludiendo a la que zoológicamente se llama *Burrhinus Oedicnomus* y ello porque ignora el nombre español, vulgarísimo, de Alcaraván. Pero el caso más lamentable aquí es el del yaguar, férido americano que ningún europeo vió ni describió antes que los españoles. Su majestad el Traductor, copiando servilmente la ortografía *jaguar* de las obras francesas, ha acabado por imponerla, incluso a escritores americanos como Hugo Wast, a quien sobran motivos para conocer la verdadera fonía de esta palabra. Y así el yaguar se ha convertido en jaguar por los siglos de los siglos.

* * *

Otra de las enfermedades que aquejan actualmente a nuestro idioma es el abuso inmoderado del neologismo. Autores hay que porque han dado a la estampa un par de libritos o escrito una cincuenta de artículos, ya se creen Mesías de un nuevo lenguaje, con carta blanca para poner en circulación cuantos vocablos les plazca inventar. Nadie de ellos se para a considerar qué consecuencias puede traer tal capricho. En España hay un millón de personas que por vocación o necesidad han de manejar asiduamente la pluma; pero es que hay además otras veinte Españas en la misma tesitura. ¿Qué pasará si cada uno de esos veinte millones de escritores fabrica cien o doscientas palabras nuevas? Babel ya no sirve como tópico comparativo al caos endemoniado que de esto resultaría.

Pero es que el idioma no es una cosa muerta -oímos-. Es algo fluído y viviente, que debe estar en perpetua evolución... A estas orondas sentencias hay que poner un muro sólido. ¡No! Definitiva y rotundamente no. Cuando una lengua ha llegado a la cúspide de su esplendor y brillantez, en términos generales no debe evolucionar, porque en ella toda evolución es lo mismo que retroceso y corrupción. Sin duda, sentenciosos de esta índole hubo en la Roma del siglo I. El latín de Cicerón era también un idioma fluído, que debía evolucionar. Y evolucionó, efectivamente, barbarizándose hasta desaparecer como lengua viva, fragmentado en mil dialectos. ¿Es esta la suerte que desean para el castellano los darwinistas del lenguaje?

Los tomos de poesías que salen profusamente a la luz, las novelas que ganan o no ganan los premios, las columnas de los escritores impetuosos que quieren asaltar *velis nolis*, como sea, las cumbres del Parnaso, están llenas de palabrillas, palabrejas o palabrotas recién nacidas, rara vez bien conformadas y casi siempre más con aspecto de feto prematuro que de producto a término.

No vamos a reproducir una larga serie de estos neologismos particularísimos por no cansar al lector. Y también porque realmente, no vale la pena. Seguramente por esta parte el daño no es mucho, pues de esta muchedumbre y cascada de neologismos emitidos por autores, todavía no se ha dado el caso de que ni uno solo se haya popularizado. Cada escritor se preocupa cuidadosamente de no usar palabra que haya inventado otro y las únicas víctimas efímeras son los lectores, sobre todo los estudiantes que quisieron aprender cas-

tellano en determinada obra, aprendiendo en su lugar una lengua desconocida.

Ciertamente hay que admitir -y ello en nada perjudica a lo dicho- que el idioma, como toda cosa humana, experimenta algunas variaciones a lo largo de los siglos y debe enriquecerse con los términos y modismos propios de cada época. Pero el nervio motor de estas variaciones está en el pueblo y no precisamente en los eruditos o escritores. A éstos corresponde la labor de tasar y aquilatar las innovaciones, sancionándolas con parsimonia cuando tienen un origen limpio o son absolutamente imprescindibles y combatiéndolas sin descanso en caso contrario.

* * *

He diseñado un cuadro clínico, sin duda poco optimista porque así lo dicta la realidad, de las enfermedades que padece nuestra habla en el momento presente. Ante él se comprende que necesitamos no uno ni unos pocos, sino docenas y centenares de *hablistas* que sean como los baluartes o barbacas de defensa contra tanta escoria hablada y escrita como hoy estraga el castellano. La única prevención que yo aconsejaría es no gastar pólvora en perseguir jilgueros y calandrias cuando en la selva impresa en que nos debatimos basta extender la mano para tocar jirafas y rinocerontes. Un gran número de personas ignoran que *algido* significó primitivamente *frío*. Pero tampoco saben que *prieto* fué para nuestros antepasados *negro*. Esta que por vía de ejemplo menciono es una de las mudanzas que con el tiempo sufre el lenguaje y ningún pecado grave hay en admitirlas cuando son ya de uso corriente y no hay ninguna bastardía en su origen. Otra es la caza mayor que hay que perseguir sin tregua: el extranjerismo bárbaro y arrollador que todo lo inficiona, la manía del neologismo tonto e innecesario, la cacofonía consciente o inconsciente, el traduccionismo sistemático de obras técnicas o de divulgación, la construcción atravesada y torpe de todo el que se mete a escribir sin facultades ni cultura, y en suma la ignorancia invencible en todas sus manifestaciones. Luchar contra todo esto es tarea de hidalgos y quijotes, paladines de una dama sin par que es la lengua hispánica sonora, castiza, eufónica y musical como ninguna, tesoro que recibimos bruñido y terso de nuestros mayores y no podemos legar mohoso y sucio a nuestros descendientes.

